De lo que sucedió cuando la lengua emigró de la boca

Graciela Montes

Húmeda, carnosa, rosada, erizada de pezones diminutos, a la vez recóndita y audaz, la lengua es una avanzada del cuerpo sobre el mundo. Hay algo inquietante siempre, incluso algo procaz en el asomarse de este órgano más allá de la frontera de los labios. Hasta algo obsceno, diría, que es la palabra con que nombramos lo que se muestra y suponemos que no debería ser mostrado (las vísceras, todos sabemos, no se muestran). Una lengua que asoma provoca, escandaliza, que se lo pregunten, si no, a la buscona, o al niño callejero, burlón y desafiante. Hecha para saborear, lamer y deglutir, intensamente ligada a la materia, parece recordarnos siempre nuestra animalidad y nuestros sentidos.

Y sin embargo la lengua es, también, la que habla. Los muchos y muy sutiles músculos que la atraviesan permiten que, en su arquearse, aplanarse, ahuecarse, frotar, rozar, sopapear y cercar el paladar, los dientes y los labios, la lengua module el aire vibrante que sale por la boca en ruidos y sonidos que alimentarán la cara audible de nuestra señal humana: la palabra. Pero como la palabra tiene, además de ese sustento material, hecho de impulsos de aire modulados por sutiles y sabios rozamientos y vibraciones de la carne, otra cara, la invisible, que es la que la convierte en lo que es –un signo–, y esa cara está hecha de ideas, imágenes decantadas, pensamiento o espíritu, y no de músculos, membranas y hueso, resulta ser que la lengua, a la que comenzamos presentando como puro cuerpo, húmeda sensualidad, avanzada de nuestras entretelas, termina por ser, en una metáfora vigorosa y trascendente, no sólo lo que es sino también lo que parece favorecer: el lenguaje. *Lengua*, *lingua*, *langue*, *glossa*, *tongue*, *Zunge…* A la vez cuerpo y alma. Con la lengua susurramos y bramamos nuestras ideas. En la lengua y con la lengua, auténtica frontera hecha de saliva y espíritu, se construyen los sentidos. Y construir sentidos es la señal de lo humano.

Somos nuestro lenguaje. Significar es nuestra actividad fundamental desde el comienzo. Y, si bien la palabra no es el único modo de construir sentido, como trataré de recordar en todo momento (a veces se construye sentido con un acto), no cabe duda de que, a lo largo de nuestra historia, termina por ocupar casi por completo el territorio. Que era lo que decía Wittgenstein: “Mi lenguaje es mi mundo, y, acerca de lo que no es lenguaje, se debe guardar silencio”. No porque no haya resto: el enigma de la presencia viva de los cuerpos seguirá siempre ahí, pero estará más allá del alcance de la palabra. La lengua, como parte de mi cuerpo, forma parte de ese enigma mudo, y, como tal, es puro silencio. Sin embargo, cuando la atraviesa el aire (el espíritu, dirían los griegos), la lengua habla.

¿Por qué esta imagen algo surrealista –y algo incómoda también por lo cruenta– de la lengua emigrando de la boca? Es un truco que me hago a mí misma para obligarme a pensar la cuestión desde el principio. Las imágenes violentas suelen servir para horadar la costra de lo conocido. Con esta imagen de la lengua emigrante, lo que se instala, como es natural, y lo que quiero yo instalar, es el cuerpo. Mi cuerpo y los cuerpos. Lo que está ahí y se me ofrece a los sentidos, tremendamente evidente y, al mismo tiempo, asombroso siempre. Los múltiples, infinitamente variados, infinitamente determinados cuerpos con que la realidad se me hace presente, empezando por el mío propio. Es decir que estos párrafos podrían haberse llamado también “¿Dónde está el cuerpo?” porque pretenden explorar eso, el modo en que el cuerpo

encuentra o no el modo de hacerse presente en la palabra, y el cómo, a mi manera de ver, si los cuerpos –el enigma– dejan de ocupar su sitio de enigma, la construcción de sentido se desvanece.

Un doble enigma en realidad: cuerpo y tiempo. Los cuerpos no sólo están *ahí* –aquí– ocupando con contundencia mi espacio, sino que están *ahora,* sujetos a la mudanza. Es más: la mudanza es parte de su deslumbrante contingencia. Los cuerpos tienen historia y eso los hace aun más determinados, más inasibles. Han llegado a ser, y pueden dejar de ser, perecer, quebrarse, marchitar. Pero, mientras son, son por completo y sin dudas, y eso quiere decir que han triunfado sobre la nada. Un triunfo provisorio, precario, pero un triunfo. En eso, justamente, radica el asombro de lo real, en ese triunfo provisorio sobre la nada.

¿Cómo construir un mundo a partir de esos enigmas? Significando, generando sentido, infatigablemente. Entre el cuerpo (contingente) y el tiempo (implacable) se instala el sentido, la palabra. Cuerpo, tiempo y palabra son los protagonistas del más humano de todos los dramas. Cuerpo, tiempo y palabra. Siempre en guerra. Parecen estar persiguiéndose uno al otro, mordiéndose el rabo, girando a gran velocidad, vertiginosamente. Hasta la orilla de ese vértigo habrá que allegarse para descubrir la trama.

Estoy hablando ahora: digo. Digo, con mi lengua, palabras. Decir es una avanzada de mi cuerpo porque yo soy mi cuerpo, y mi lengua es mi cuerpo, la sangre que circula por ella en este momento estará en mi yugular y luego en mi corazón mucho antes de que termine el párrafo. Pero lo que digo son palabras y la propia forma de la palabra que digo, a la que mi lengua se adapta, que, en el curso de mi historia personal, he aprendido a preferir a otros sonidos, deja en ella –mi lengua, mi cuerpo– la impronta de la palabra misma. Esas palabras hablarán acerca de otros cuerpos o del mío propio, puesto que son signos, pero al hablar de ellos los estarán anulando; donde esté la palabra ya no estará la cosa, ya que el signo es, en una de las definiciones más ajustadas y bellas que se conozcan, “la marca de una ausencia”. O sea, digamos (vertiginosamente), que el cuerpo es condición de la palabra pero la palabra mata al cuerpo. Y el tiempo, a su vez, matará a la palabra. Se parece un poco al juego de piedra, tijera y papel. A medida que digo estoy dejando de decir. Mi decir es temporal e irreversible, ésa es su fatalidad, porque lo dicho dicho está, y ya no se está diciendo, y cada cosa dicha mata irremediablemente a lo que no se dijo y se podría haber dicho. Y el fluir de la palabra, al hacerme evidente el tiempo, me remite otra vez a la mudanza, a la nada que acecha detrás de todo ser, y entonces, de nuevo, a la deslumbrante fragilidad de nuestro mundo y sus presencias. Los cuerpos (presencias vivas), el tiempo (lo fatal, la mudanza) y la palabra (los sentidos, los significados) mordiéndose el rabo. Y el vértigo sigue.

¿Demasiado filosófico para un congreso de lectura? No creo. Yo digo que filosofemos, filosofar es sano. Me parece que algunas de nuestras peores flaquezas contemporáneas derivan de la pereza, fomentada tal vez por la tecnología, que nos hace huir del pensamiento filosófico tanto como del coraje moral (que tal vez, en el fondo, sean lo mismo). Arrullados por un exceso de información y de eficacia, convenientemente encapsulados, nos cuesta despabilar nuestros prejuicios y ponernos a pensar todo de nuevo. Propongo que filosofemos, al menos en el sentido en que filosofaban los viejos griegos, viviendo y observando y preguntándose acerca de eso que vivían y observaban.

Lo que sigue son apuntes. Parten de una intuición que gira en torno justamente al encapsulamiento. A la merma de cuerpo y el exceso de discurso de nuestro tiempo. Un progresivo avance de la representación sobre la presencia viva, una resistencia a exponerse al enigma. Los discursos ocupan todo el espacio, y van dibujando circuitos por donde nos movemos, vivimos. Ya no son en general grandes discursos –teorías políticas, cosmovisiones– como en otros tiempos, sino fragmentos, los pequeños discursos de los medios: anuncios, recomendaciones, interpretaciones, eslógans, marcas de productos. Discursos donados que se

interponen, compactos, entre nosotros y los cuerpos, incluso el propio –amortiguando su contundencia y el asombro que deberían provocarnos– y van ocupando el sitio de nuestro propio lenguaje, nuestra capacidad para construir sentido a partir del sinsentido, y palabra a partir del silencio. La imagen que me vuelve una y otra vez es la de la celda. La lectura enclaustrada. Aislada del trato directo con el enigma. De ahí la pregunta por los cuerpos. Preguntar por los cuerpos puede servir para plantear desde otro lado una cuestión a veces no bien meneada.

Mi pequeño recorrido de hoy tiene tres paradas. La primera se ocupa de lecturas muy corpóreas y sensuales, propias de gente sencilla. La segunda, del salto a la escritura, que es cosa de gente que, a sabiendas, se complicó la vida. Y la tercera, se asoma con alguna timidez al ciberespacio y los mundos virtuales, donde da la sensación de que los lectores tienden a volverse cada vez más livianos y transparentes. La pregunta quiere ser, en cada caso, la misma: ¿dónde está el cuerpo? o bien ¿dónde está el enigma? o bien ¿cómo afecta a la lectura el drama humano del cuerpo, el tiempo y la palabra?

Primera parada: las palabras y las cosas.

En una etapa temprana de nuestra vida las palabras se nos ofrecían todavía como formando parte de las cosas. Parecían exudar de los cuerpos y de las situaciones, como los olores, la temperatura de las superficies, los humores. No eran arbitrarias ni convencionales ni triviales. Eran naturales, formaban parte del gran organismo de la realidad. Y nosotros reaccionábamos orgánicamente a ellas. Las tratábamos como a presencias vivas. Había palabras buenas y palabras malas, palabras que deseábamos ardientemente y otras que detestábamos y tratábamos de mantener alejadas de nosotros tapándonos los oídos con las manos. Como toda la realidad, eran contundentes y asombrosas. Y enigmáticas, llenas de secretos. En nuestro afán por develar su significado les inventábamos parentescos y vínculos que juzgábamos profundamente causales y llenos de sentidos. La primera vez que oí la palabra “finado” –en mi infancia y en mi barrio y mi familia parecía más decoroso llamar al muerto así, “finado”– la asocié con “fino”, con “finito” –delgado–, y también con “final”, imaginé entonces a la muerte como un progresivo adelgazamiento de los cuerpos, un volverse hilo y después nada.

Con eso quiero decir que yo ya leía (todos los niños leen mucho antes de que la letra entre en sus vidas). Buscaba claves y construía sentido incansablemente, de manera que leía. El enigma de lo que estaba ahí y me sorprendía con su intensidad y su inexplicable contingencia –también las palabras– me impulsaba en esa actividad de lectura. *Tout est langage* –dice Françoise Dolto, igual que Wittgenstein–, todo es lenguaje, y con todo se construye sentido. Con el vaivén de una cortina hamacada por el viento, el súbito gorjeo de un pájaro y el pequeño cólico que va y viene por el interior de su cuerpo, igual que la cortina, el recién nacido es capaz, desde su cuna, de construir sentido. “Todo es lenguaje” no significa que todo pueda convertirse en palabras. Quiere decir, justamente, que lo inexplicable (que siempre es lo más importante de la vida) nos incita a construir sentidos. Como podemos. A veces con movimientos del cuerpo, con pequeños actos, con costumbres. Luego, en gran medida, con palabras. Pero sin terminar de despegarlas de las cosas. De manera que un olor, una textura, un color o un ruidito tenían una jerarquía equivalente a la de un signo formal en los enunciados –y los saberes– que construíamos de niños. Durante mucho tiempo los cuerpos seguirán ahí, y nosotros seguiremos teniendo la sensación de que podemos tocarlos la punta de la lengua.

Sin embargo, poco a poco, palabras y cuerpos terminarían por distanciarse. El solo hecho de poder evocar una misma palabra en momentos distintos, independizándola del aquí y el ahora al que nuestro cuerpo, en cambio, parecía encadenado, le otorgaba a esa palabra un poder, un vigor que nos hacía alimentar grandes expectativas. Lo que habíamos tenido y ya no teníamos –un paisaje de mar, por ejemplo– podía volver a nosotros por virtud de la palabra. Decíamos “mar” o “¿te acordás cuando fuimos al mar?” o “¿te acordás qué fría el agua del mar?” y se constituía el recuerdo, y de alguna manera el mar volvía a estar con nosotros. En el mismo, e inverso, sentido, lo que deseábamos y no teníamos podía ser atraído hacia nosotros en virtud de la palabra. Hablábamos de la muñeca que codiciábamos y no tendríamos nunca, de quien se había ido y queríamos ver regresar. Con las palabras podíamos esperar. Tener esperanzas. Eran una red de pescador con la que atrapábamos el pasado ya escurrido y el futuro aún inalcanzable con la mano. Por otra parte, como manteníamos vivo el recuerdo de los cuerpos que nos evocaban, nuestro cuerpo, a su vez, respondía a ellas apasionadamente, las obedecía. Nos decían “mar” y volvíamos a sentir el grano de arena entre los dedos del pie, el olor de las algas, la inquietud del vientre cuando está a punto de ser alcanzado por la ola. Nos contaban cuentos y, cuando la trama se encrespaba, nos batía más el corazón, nos afloraban las lágrimas, se nos inflaba bruscamente la vejiga y tal vez tuviésemos necesidad de salir corriendo al baño para desahogarnos.

La palabra era poderosa, sin lugar a dudas, y ocupaba un lugar cada vez más destacado en nuestra vida. En el descubrimiento intelectual, el vínculo personal, el juego. Teníamos fórmulas rituales, nos gustaba que nos contasen una y otra vez el mismo cuento y no nos cansábamos nunca del apasionante juego de señalar y nombrar: ¿esto? rueda, ¿esto? carro, ¿esto? agua. Prestábamos atención a los dichos de otros y podíamos reproducirlos. Podíamos mentir e inventar cuentos. Buscar y dar explicaciones. Con las palabras –de esa lengua que ahora empezaba a tener visos de pacto comunitario– el mundo se convertía cada vez más en nuestro mundo corriente. Entre las muchas cosas que nombrábamos, nombrábamos también nuestro cuerpo, que se nos volvía así un poco menos menos cuerpo, menos tremendo en su presencia voraz, acaso un poco más ajeno. Y domesticábamos el tiempo. Aprendíamos a decir “ya”, “todavía”, “ahora”, “ayer”, “mañana”. Hasta “nunca”, que parece ser el borde mismo del enigma. Conservo como un tesoro el recuerdo del día en que mi hijo mayor, Santiago, que entonces tenía cinco años, se echó a llorar contra la puerta cuando se fue el último de los invitados a la fiesta de cumpleaños de su hermano Diego porque “ya *nunca nunca nunca* más Diego iba a cumplir un año”, era lo que decía en medio de su congoja. La palabra *nunca*, tan terrible, lo ayudaba a entender esa sensación de fugacidad que había experimentado con violencia, tal vez por primera vez en su vida, y, a la vez, le señalaba el límite de lo explicable, que es una de las formas más saludables de construir sentido.

Segunda parada: las divinas marcas.

A las palabras se las lleva el viento. Supongo que puede haber sido eso lo que nos condujo hasta la escritura. La piedra parece más perdurable. Lo dicho está y al momento siguiente ya no está, es puro tiempo. La marca en la piedra está y sigue estando. La palabra misma –o el jugo de la palabra, mejor dicho: la significación– encarna en ella y se vuelve a su vez cuerpo sólido y perseverante, menos fugaz que la voz, más capaz de derrotar al tiempo. Una conquista de la inmortalidad en cierto modo. Tal vez mi cuerpo esté condenado a perecer, habrá dicho el pintor de búfalos de la cueva de Altamira, pero mis dichos (mi afán de cazador, mis esperanzas de capturar el mejor ganado de estas tierras, mis sueños de hombre) van a perdurar en estas marcas que dejé en la piedra. Y entonces también mi cuerpo vivirá, ya que con él y en él alenté esos sueños. O sea que –me digo yo–, veinte mil años antes de que

Quevedo escribiera su espléndido soneto de triunfo del amor sobre la muerte, ya pensaba el antiguo escritor de Altamira, igual que él, “serán cenizas, mas tendrán sentido, polvo serán, mas polvo enamorado”, porque de ese afán, de sus dichos, de su mundo, quedaría marca en la piedra. ¿Quería comunicar algo? Tal vez, pero sobre todo quería ser inmortal, me parece. Gérard Pommier cuenta en su libro *Nacimiento y renacimiento de la escritura* que durante muchos siglos los augures chinos inscribieron sus caligramas en el fondo de vasijas de bronce, donde ningún otro humano podría leerlos. Y mi hijo Diego –el mismo que había cumplido un año en un párrafo anterior y en éste ya anda por los siete (ahí se ve el poder de la escritura)– solía escribir feroces y pormenorizados insultos contra su hermano mayor –el mismo que había descubierto la fugacidad de las cosas–, en venganza por alguna afrenta, y escondía sus escritos en el fondo de los cajones. Tal vez no escribamos para comunicar sino para recordar, para mantener vivo lo que podría afinarse y afinarse, como el “finado” de mi infancia, y disolverse en la nada. Para derrotar a la muerte y al tiempo.

En todo caso, lo cierto es que en la escritura la palabra se atreve a más de lo que se había atrevido nunca mientras fue palabra hablada. Su independencia de los cuerpos es tal que ella misma se constituye en cuerpo, en presencia. Cobra vida propia. Tiene algo de rebelión esta pirueta, algo propio de Lucifer y de Prometeo. Mi mano ha escrito, pero lo escrito se independiza de mi mano. Muy diferente del habla, que sigue siempre ligada de alguna manera a mi cuerpo, al timbre de mi voz, a mi tragona y desvergonzada lengua. Lo escrito, aunque la grafía, si se trata de un manuscrito, recuerde su procedencia, siempre está afuera de mí y me sorprende, a menudo duda el escritor de ser el autor de lo escrito. El extrañamiento es instantáneo: en cuanto aparece la marca, el texto emigra a la marca y deja de estar en mi cuerpo, ni siquiera parece reconocerlo. Uno tiene la sensación de que es la palabra la que habla. Pommier dice que hay pueblos que recomiendan a los mensajeros llevar las cartas atravesadas por una lanza, para asegurarse de que el mensaje no los dañe durante el viaje. ¿Y quién no ha sentido aversión por algún trozo de papel –una carta por ejemplo– que contenía una mala noticia o un agravio, y la ha escondido, la ha escupido o la ha hecho añicos para deshacerse de su mal influjo? En el fondo, toda la historia del libro se ha construido sobre esta fe en el poder corporal de lo escrito. Acariciamos los lomos de los libros, nos los llevamos a la cama, los esgrimimos como armas en la mano, devoramos su contenido. Algunos –en mi país los hubo– los queman como a las brujas, esperando así anular el poder que sus cuerpos contienen.

Con la escritura nuestra vieja y eterna actividad de búsqueda de claves y construcción de sentido se ensancha extraordinariamente. No sólo podemos, como escritores, dejar asentadas nuestras búsquedas y nuestros hallazgos –es decir, nuestras lecturas–, y de esa manera embarcarnos en empresas de sentido más complejas y ambiciosas, sino que, como lectores, podemos compartir las búsquedas y los hallazgos de otros, perplejarnos o deleitarnos con los universos de sentido que otros han construido y entrarlos a formar parte del nuestro, es decir, reescribirlos. Prefiero hablar aquí de universos de sentido y de significaciones, y no sólo de palabras, porque muchas de esas primeras marcas sobre la piedra, el cuero o el papel (deliberadamente me referí a las imágenes de las cuevas de Altamira, a los caligramas chinos) no eran el equivalente a las palabras dichas, el escritor no parecía preocupado por reproducir el habla sino por dejar marcados los significados. El universo de la significación es más grande, y mucho menos explorado, que la palabra, como bien puede demostrar el arte. Conviene recordarlo cuando la preocupación por el dominio de la técnica silábica suele oscurecer, en la enseñanza de la lectura y la escritura, esta búsqueda de sentido, que es lo único que justifica el esfuerzo.

Con la escritura aparece un lector nuevo. Antes se leía la realidad básicamente. Uno se sorprendía con ella, buscaba indicios y, esforzadamente, construía sentidos. Las palabras iban adquiriendo el valor de signos, pero seguían ligadas a los que las pronunciaban. El acto de la

enunciación y el enunciado eran una y la misma cosa, algo sujeto, como mi propio cuerpo, al aquí y al ahora, un acto único e irrepetible. Pero, de pronto, el enunciado se independizaba y encarnaba en un cuerpo, por ejemplo un mensaje escrito con tiza en la piedra mientras uno va camino al exilio: "Las ideas no se matan". O una carta de amor. O un libro. Durante un tiempo –días, años, siglos–, el enunciado se sostendría ahí –en la piedra, en el libro– como una posibilidad, cifrado. Pero sólo volvería a ser, plenamente, en virtud de un nuevo acto de enunciación, que es el que se da en la lectura y sólo en la lectura. En la lectura, un acto por lo menos tan milagroso como la escritura, si no más, el lector le presta su cuerpo y su tiempo al enunciado, que vuelve así a ser enunciación. Piedra, papel y tijera. La escritura había buscado la inmortalidad, y la lectura la devolvía al tiempo. La palabra había buscado liberarse del cuerpo, pero el cuerpo seguía siendo su condición, y sobre él debía construirse. Al fin de cuentas ¿para qué se escribe y para qué se lee sino para tratar, infructuosamente, de penetrar el silencio de los cuerpos? El científico que describe la rosa o el poeta que quiere reinventarla, ambos, buscan acercarse hasta el borde de su muda y milagrosa presencia. ¿Para qué escribir, para qué leer, si no para rodear con palabras los enigmas? Sin ese peso del cuerpo –y del tiempo, que es la condición del cuerpo–, la palabra podrá chisporrotear un rato, pero acabará por extinguirse. "¿Qué es, después de todo, el lenguaje, incluso trastornado de mil maneras –se pregunta el poeta Ives Bonnefoy– , junto a la percepción que se puede tener directa, misteriosamente, de la agitación del follaje contra el cielo o del ruido del fruto que cae sobre la hierba?"

Podrá uno simular que el cuerpo no está, pero el cuerpo, tarde o temprano, vuelve por sus fueros. También en el universo de lo escrito, donde todo parece hecho exclusivamente de palabras.

Para empezar, está el cuerpo en que la palabra ha encarnado. El sostén y el trazo, la contundencia de la piedra que contiene el epigrama, la rugosidad o la lisura del papel en que está escrito el poema, el dibujo de las letras, las bellas capitulares, las guardas, la imaginería que ilumina y a la vez –signo ella misma– allega memorias de lo sensible, huellas de lo visto, oído, tocado. Me parece que Manguel, en su *Historia de la lectura*, ha explorado con fruición y gran sensualidad esa erótica del libro. La edición, sobre todo los mejores sueños de los buenos editores, tienen mucho que ver con esta erótica, que no sólo se complace en convertir en cuerpo la palabra sino también en poner ese cuerpo nuevo en contacto con otros, o con el cuerpo social, la sociedad, que está hecha de cuerpos (no importa cuántos discursos interpongamos para hablar de ella), presencias, cada una con su espacio, su tiempo, sus infinitas determinaciones, su historia, que el editor buscará maridar con los libros.

Después, en segundo lugar, está el cuerpo que se construye con la palabra misma: la obra y su contundencia. En ese sentido la poesía –la dimensión poética de la palabra– es, de todas las formas textuales, la más capaz de crear presencia y lo más parecido a un ser viviente. Por muchas razones. Porque apela a los sentidos, y devuelve la memoria de lo sonoro –alitera, ruge, sisea, ulula, ritma, consuena y parece nacida para erotizar la lengua–. Porque genera imágenes –metáforas y ficciones– incesantemente. Porque vuelve extraño el lenguaje y lo fisura de mil modos, con lo que el enigma puede vislumbrarse por entre las grietas. Por la mímesis de la vida que siempre entraña: las historias, los personajes, las sociedades, los objetos, los recuerdos, los paisajes, los interiores, las situaciones, los momentos históricos, los dialectos y las jergas, los mitos. Y sobre todo por ese carozo de materia inexplicable que contiene, porque en la poesía hay un punto que siempre se escurre, que no está bajo el control del lector. A la nostalgia del cuerpo, a la pregunta que se hace Steiner de cómo recuperar la irrecuperable textura, el irrecuperable color, la irrecuperable presencia de la rosa con la palabra "rosa", el poeta responde con el poema, que se acerca amorosamente hasta el borde de la rosa, de lo que, como decía Wittgenstein, jamás podrá decirse, porque es pura presencia. La del poeta es la palabra que más cerca puede estar del silencio.

La tercera arremetida del cuerpo en el universo de lo escrito es la que llega con el lector mismo en la instancia de la lectura. Es *en su cuerpo* y *en su tiempo*, en el cuerpo y en el tiempo del lector, por vez única e irrepetible, que se producirá la alquimia: la potencia se volverá acto, la cifra, texto. Proust, que se ocupó como nadie de recuperar el tejido de que está hecha la vida que se escurre, dejó una memorable descripción de lectura, de esos círculos, esas capas sucesivas de la conciencia que el lector va desplegando y recogiendo en un vaivén incesante cuando lee un libro, y que van desde sus aspiraciones más profundas –sobre todo la "creencia en la riqueza filosófica y la belleza del libro que está leyendo, y su deseo de apropiárselas, cualquiera sea el libro de que se trate"– hasta el horizonte más lejano del paisaje en el que se pierde la mirada cuando la levanta de la lectura. En el camino está el follaje del castaño debajo de cuya copa está leyendo, la textura de la hierba bajo sus ropas, la tibieza del aire, las campanadas de la iglesia que le marcan cada tanto el tiempo, su mano, su mano en el libro, la página impresa, la letra y –en virtud de esa creencia en que estaba apropiándose de algo valioso, que, "como un puño siempre activo", dice Proust, gobernaba todo lo demás– lo que en la letra se leía: reflexiones, peripecias de los personajes, otros paisajes que se superponían a aquel sobre el que se desplegaba su conciencia al levantar los ojos del libro y, sobre todo, otro tiempo. El cuerpo, el tiempo y el libro. Piedra, tijera y papel.

Tercera parada: los mundos evanescentes.

Los caracteres fluyen en la pantalla y se escurren como las palabras de la boca. Es imposible atraparlos por mucho tiempo. Tampoco parece haber nada irremediable allí. Es fácil volver atrás, cambiar de sitio, invertir el orden. O cancelarlo todo. De lo hecho durante todo un día puede no quedar huella, ni siquiera una pila de papel arrugado. Y, si no hay cuerpo, uno tiende a pensar que no hay delito. Tampoco responsabilidad por lo sucedido. Es posible que incluso uno piense que no ha transcurrido el tiempo, puesto que no hay mudanzas ni huellas materiales que lo atestigüen.

Como ventaja de esa volatilización de lo corpóreo, ese volverse "luz posible" y enseguida evanescencia, todo gana en velocidad, y en alcance. La "luz posible" es rauda y ubicua, obediente, alada como los dioses mensajeros. Visito (virtualmente) las universidades de Massachussetts y de Leipzig en el mismo día, en la misma tarde, con apenas minutos de diferencia. Puedo leer, robarles o comprarles construcciones de sentido –palabras, imágenes– a las páginas web de diversos catedráticos especializados en, digamos (que viene al caso), ontología. Puedo hacerme oír por ellos. Y, ya que la "luz posible" responde a mis dedos, puedo simular ser quien no soy, fraguarme un disfraz, un *avatar* o "encarnación de la deidad", como se suele decir volviendo al pensamiento religioso. También otros podrían engañarme y yo creer que visito la página de un catedrático mientras caigo enredada en la trama de un hacker disolvente, que sólo pretende hacer saltar por el aire la confianza que cifro en mi pantalla. Puedo chatear de manera casual, intrascendente, con un amigo que no conoce mi cuerpo. Y mostrar de mí lo que quiero y sólo lo que quiero.

En cierto modo –como me dijo un joven, muy sagaz y asiduo frecuentador del ciberespacio,– "lo que muestro ahí adentro es mi alma", algún alma, más o menos genuina o de pura ficción, prefabricada. Fueron las palabras que usó, con un dejo de ironía que no dejaba margen para suponer que no sabía que las estaba usando: "ahí adentro" y "alma". "Ahí adentro" supone un "acá afuera", "alma" supone un "cuerpo". ¿Será un regreso al platonismo, al viejo y seductor mito de la caverna? En todo caso esa apuesta tan fuerte de mi interlocutor me servía para volver a plantear, un poco más dramáticamente, la misma pregunta que me había hecho al pensar en las consecuencias de la irrupción de la escritura: ¿dónde está el cuerpo? ¿dónde ha ido la lengua, emigrada ahora ya no sólo de la boca sino también de los

otros cuerpos vicarios, como el del libro? ¿Sería cierto que el nuevo lector no tenía tanta necesidad de su cuerpo? Y, de ser así, ¿cómo era su lectura? ¿Qué lo llevaba a leer? ¿Cuáles eran los enigmas que lo inquietaban? ¿Qué clase de registro de la lectura hará el nuevo Proust de nuestros días? ¿O es que será impensable hoy un Proust porque ni el cuerpo ni el tiempo ni la lectura ni la perplejidad en que nos sume la vida son ya cuestiones que den para largas novelas? ¿Qué clase de lector se construye en el ciberespacio? ¿Es un lector semejante, diferente, complementario, compatible con el lector de libros? ¿Se lee en el sentido en que entendíamos leer en nuestras dos paradas anteriores, como construcción del sentido? Y, si es así, ¿cuál es el motor? ¿por qué entramos a la red, por ejemplo? ¿Hay, como en el caso de Proust, ese "puño firme", esa creencia en que hay algo valioso que atrapar en eso que se está leyendo? ¿O buscamos sobre todo *hacer pasar el tiempo* evitando las consecuencias?

Sería tonto pretender dar respuesta a todas estas preguntas, pero plantearlas parece bueno. De algún modo tenemos que salir de la encrucijada entre el terror apocalíptico por la máquina y el estúpido y desmesurado entusiasmo por la máquina en que parece sumirnos el desarrollo apabullante de los universos de computadora.

Voy a apuntar apenas dos o tres ideas. Casi todas nacieron al calor de los comentarios de un par de muchachos muy jóvenes –el ya citado y otro– para quienes el ciberespacio y su evanescencia son un medio tan natural y familiar como un espejo. La primera está referida a la virtualidad. "Virtual" significa "posible". El ciberespacio es el reino de lo posible. Todo en él es multiplicación y alternativa. Constelaciones y constelaciones de posibilidades por las que navegar, y en las que es muy difícil buscar jerarquías, sentidos y opciones. El lector proustiano, que perseguía la riqueza filosófica y la belleza, o el lector infantil que, recogiendo claves y señales, construía un sentido que le servía para resolver paso a paso la vida, estaban acuciados. Perseguían algo. Un deseo, o un destino. En todos los casos la lectura –de los acontecimientos, las personas, los lugares, su propia intimidad, las palabras, los libros– era una forma de acción, servía para abrir una brecha y encontrar un rumbo. Nuestro ingreso al ciberespacio necesariamente va a ir modificando las cosas. La multiplicación de los mundos posibles –otros mundos, otros tiempos, otras identidades– no puede sino provocar un estallido y una fragmentación de esa vieja galaxia de sentido. Un mareo también, por la abundancia, la profusión de opciones, tal vez semejante al que, en el orden de los cuerpos, encuentra el recién llegado al mundo. Para ir jerarquizando las sensaciones y construyendo sentido el recién nacido tiene por brújula a su propio su cuerpo, con su determinación de sobrevivir a toda costa, sus deseos, sus placeres y sus desgracias. ¿Cuál será la brújula que guiará al recién nacido al ciberespacio para encontrar su sitio ahí adentro? ¿Se contentará con dejarse flotar de posibilidad en posibilidad sin elegir ninguna, sintiendo que así anula el acontecer y el tiempo?

El segundo apunte tiene que ver, justamente, con la anulación del tiempo. Me dicen que, en Intenet, no hay día ni noche, como es natural en un espacio que hace coincidir, en un mismo tiempo, el tiempo de un australiano que, si no tuviera los ojos fijos en la pantalla, podría ver el sol asomando por su ventana y un peruano que, mientras chatea con su cibercolega australiano, lo podría ver caer hacia la noche. Tampoco hay rutinas diarias (desayuno, almuerzo, cena, por ejemplo), ni días laborables y días feriados. Ni invierno y verano con que marcar el paso del año. "Ahí adentro" no se envejece. Sólo el grosor de las memorias podría indicar que se ha vivido, y eso es una decisión personal, ya que todo archivo puede ser borrado.

El tercer apunte se vincula con la diversidad. ¿Puede el "ahí adentro" competir en determinaciones con el "aquí afuera", "sentirse" como realidad, producir contundencia y sorpresa y exigir respuesta y compromiso inmediatos? Por ahora hay una notable uniformidad, que empieza por los ciberusuarios, que suelen pertenecer a una misma clase social, y siguiendo por las páginas web, que también son bastante homogéneas, tanto en su gráfica como en sus contenidos. Pero eso no quiere decir que no puedan crecer las determinaciones.

La historia del cadáver computarizado es asombrosa, por ejemplo. Un condenado a muerte del estado de Texas, una vez muerto, fue sometido a resonancia magnética y tomografía computada, luego congelado y cortado en 1878 fetas, y cada una de esas fetas digitalizada. La lectura del cadáver, que ocupa 15 gigabytes sirve para que los estudiantes de medicina se familiaricen con el cuerpo humano. Un anticipo de la virtualidad que viene. No en vano los anunciantes de computadoras y conexiones de Internet promocionan sus servicios con el slógan “¡Un nuevo mundo!”

¿Se estarán modificando las condiciones corporales mismas del “estar en el mundo”? ¿Será ésta una culminación del camino virtual de la palabra y los cuerpos habrán sido reemplazados definitivamente por los textos? En el fondo no es algo tan diferente de lo que nos sucede en la vida cotidiana de nuestro global mundo urbano, donde los textos se interponen cada vez más entre nosotros y las presencias, ocultándonos su enigma.

Fin del viaje: tres corolarios para inquietar lo quieto.

Uno. Leer es construir sentido. Construir sentido es lo que nos hace humanos, o sea rebeldes. Aunque muchas veces infructuosa, esa apasionada persecución del sentido es nuestro sol, lo que de veras nos da calor y nos ilumina.

Dos. No se lee sólo con palabras. Una ciudad, con sus calles, su carácter, su diseño, es una lectura. El modo en que se organiza una casa, la manera de poner la mesa y servir la comida, de tender la ropa, de cosechar la uva, son lecturas. Lo es la crianza que se le da al hijo. Acariciar un cuerpo es un modo de leerlo, también lo es echarle una manta encima. El *Guernica* de Picasso es una lectura. A la inversa, algunos amontonamientos de palabras no son ni generan lectura.

Tres. Se lee a partir de un enigma. El lector anda siempre atrás de un secreto, por encontrarlo es capaz de meterse en líos y descifrar extrañas claves. Si no hay enigma, no hay lectura. El lector avanza con sus controles en el ojo o en la mano, pero si deja de haber algo fuera de su control, algo inquietante, pierde el anhelo. El enigma de la presencia viva de los cuerpos y su contingencia, el mayor de todos, está siempre ahí, palpitando detrás de cualquier teoría, cualquier certeza. El lugar que ocupa el árbol, el hamacarse del follaje sobre mi cabeza, el modo en que la luz atraviesa el borde de una hoja –ésa en particular– a medida que la mece el viento, el ruido que hace la ramita que cae al suelo, la contundencia de la pared en que me apoyo, el gemido del perro, las humedades y tibiezas de mi cuerpo, los olores, las cosquillas, los abrazos, el pulsar de la sangre contra las arterias, el contraerse y dilatarse de los poros, el manar de jugos, las descargas eléctricas de los nervios. Ese enigma está. Es posible que nunca logremos reducirlo a lenguaje –al menos al lenguaje científico como lo entendía Wittgenstein–, y debamos pasarlo en silencio. Pero está. Y todo afán de sentido –toda lectura– derivará del asombro y la perplejidad que nos envuelve al constatar su presencia.

Si es verdad que la lectura está en crisis, como dicen que está –a pesar de que, ya hemos visto, los textos nos rodean por completo–, ¿no será que se nos perdió algo en el camino? La lengua, tal vez, la carnosa, húmeda habladora, nuestra bisagra entre el cuerpo y la palabra. Es una pieza importante: deberíamos regresar a buscarla. Nos podría ayudar en la tarea de recuperar el enigma, de volver a ponernos frente a eso que no sólo está ahí –superando heroicamente la contingencia– sino que además, como decía Walter Benjamin, está de tal manera, con tamaña evidencia, que, cuando lo miro, me mira.

Bogotá (Feria del Libro. Congreso Internacional de Lectura).
16 de abril de 1999.